

¡Romper con todo!

Una



Prometeo Ediciones
Colección Libelos #7

¡ROMPER CON TODO!

UNA

En el 90º aniversario de la Revolución social de 1936.

Textos y correcciones: UNA.

Diseño: EPIMETEO.

Ilustraciones: JOSÉ ANTÓNIO FUNDO.

Impreso en Barcelona. Verano de 2026

Era una fiesta sin comienzo ni fin; yo veía a todo el mundo y no veía a nadie; porque cada individuo se perdía en la misma muchedumbre incontrolada y errante; hablaba a todo el mundo sin recordar ni mis palabras ni las de los demás, ya que la atención estaba absorbida en cada momento por acontecimientos y objetos nuevos, por noticias inesperadas.

MIJAIL BAKUNIN.

Confesiones sobre la revolución de 1848



¡ROMPER CON TODO!

ACLARACIONES PREVIAS	9
CUANDO EL MIEDO CAMBIÓ DE BANDO:	
REVOLUCIÓN Y REACCIÓN EN 1936	11
CUANDO LAS CALLES VENCIERON A LOS CUARTELES	19
ENTRE LA REVOLUCIÓN Y EL RETORNO DEL ORDEN	31
 LOS CONDENADOS	 39
<i>Línea de fuego #68</i>	
[11 de diciembre de 1936]	
 ESTO ES LO QUE SOMOS	 53
<i>Línea de fuego #71</i>	
[14 de diciembre de 1936]	
 ¡NI PAZ ENTRE CLASES, NI TREGUA EN LAS CALLES!	 55
Barcelona, mayo de 1937: la revolución en disputa	57
La contrarrevolución bajo el antifascismo	62



¡ROMPER CON TODO!



ACLARACIONES PREVIAS

Salimos a la lucha... sin Dios ni jefe...

La voz de la mujer #1, 1896

La lucha de las mujeres anarquistas en la revolución de 1936 y su relación con la violencia revolucionaria no puede comprenderse únicamente como un episodio secundario dentro de la Guerra Civil ni como un apéndice de la historia del movimiento obrero. Desde una perspectiva más amplia, su experiencia obliga a cuestionar los relatos tradicionales que han privilegiado la participación masculina y las interpretaciones centradas exclusivamente en la dimensión militar del conflicto. La revolución de 1936 abrió un espacio histórico excepcional en el que miles de mujeres intentaron transformar simultáneamente las estructuras de dominación económica, política y patriarcal. Su lucha no se dirigía solo contra el fascismo o el capitalismo; también enfrentaba formas de subordinación arraigadas dentro de la propia cultura revolucionaria.



CUANDO EL MIEDO CAMBIÓ DE BANDO: REVOLUCIÓN Y REACCIÓN EN 1936

Pronto, toda la ciudad de Barcelona fue teatro de la revolución desencadenada. Las mujeres y los hombres, dedicados a los asaltos de conventos, quemaban todo lo que dentro de ellos había, dinero inclusive. Los viejos conceptos de amo y esclavo ardían, al mismo tiempo que las imágenes religiosas en las mil hogueras que el pueblo había encendido aquí y allá. El 20 de julio terminaba como una gran fiesta liberadora de energías y de pasiones.

La Revista Blanca.
30 de julio de 1936

El levantamiento militar iniciado entre el 17 y el 18 de julio de 1936 por una parte del ejército ha sido presentado frecuentemente como un golpe dirigido exclusivamente contra la legalidad republicana.¹ Sin embargo, desde una lectura anarquista, el golpe no puede comprenderse úni-

1. Las tropas sublevadas intentaron ocupar puntos estratégicos: plazas, edificios oficiales, comunicaciones y el centro de la Barcelona. Esperaban una toma rápida.

camente como una reacción contra la Segunda República como institución política. Fue también una ofensiva contrarrevolucionaria dirigida contra la agitación anarquista, la tensión de clase, y contra la posibilidad concreta de una transformación radical de la sociedad.

Durante los años previos a 1936, el territorio dominado por el Estado español atravesó un ciclo de gran conflictividad social. Huelgas generales, ocupaciones de tierras, levantamientos campesinos, movimientos insurreccionales y movilizaciones obreras mostraban la intensidad de las tensiones acumuladas. Entre 1931 y 1936 la conflictividad laboral alcanzó niveles muy elevados y organizaciones como la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) consolidaron una enorme capacidad de movilización.²

En regiones como Cataluña, Aragón y Andalucía amplios sectores populares no aspiraban únicamente a reformas institucionales: imaginaban profundos cam-

2. Destacamos: 1932-1933 hubo ocupaciones de tierras en Extremadura y Andalucía organizadas por sindicatos campesinos; 1934 en Asturias —mineros anarquistas, socialistas y obrerxs tomaron cuencas mineras y ciudades—; 1933-1936: creciente ciclo de huelgas insurreccionales promovidas por sectores anarquistas en Cataluña; choques armados entre sindicatos y grupos patronales en Cataluña, etc. Más adelante se explicará el movimiento insurreccional de 1932-1933.

bios relacionadas con la colectivización, la autogestión y nuevas formas de organización de la vida cotidiana.

Dentro del anarquismo de la época, una parte significativa del movimiento sostenía una concepción abiertamente insurreccional de la revolución. Para numerosos sectores libertarios, especialmente vinculados a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y a los grupos de afinidad anarquistas, la transformación social no sería el resultado gradual de reformas estatales ni de la conquista del poder político.³ La revolución era concebida como una ruptura radical impulsada desde abajo, nacida de la acción directa, la autoorganización popular y la iniciativa revolucionaria de trabajadorxs y campesinxs. Esta orientación se había expresado en diversos ciclos insurreccionales durante la Segunda República, como los levantamientos de 1932 y 1933, que, aunque reprimidos, reforzaron una cultura política basada en la idea de

3. La FAI fue una organización anarquista fundada en 1927 en la península ibérica (España y Portugal). Nació con el objetivo de mantener una orientación revolucionaria y anarquista dentro del movimiento obrero. Estaba estrechamente vinculada a la CNT, aunque eran organizaciones distintas. La CNT era un sindicato de masas, abierto a trabajadores. La FAI agrupaba a militantes anarquistas organizados en pequeños grupos de afinidad. Intentaba evitar que la CNT se moderara o derivara hacia posiciones reformistas.

la insurrección como herramienta legítima de ruptura con la normalidad de la explotación.⁴ Dejaron una huella profunda dentro del anarquismo: reforzaron la cultu-

4. En enero de 1932: la insurrección más importante ocurrió en las cuencas mineras catalanas del Alto Llobregat y el Cardener —Berga, Sallent, Súria, Fígols, entre otras localidades—. Mineros y obrerxs, con fuerte presencia cenetista, proclamaron el comunismo libertario en algunos pueblos, ocuparon ayuntamientos y sustituyeron autoridades locales. Durante unos días se intentó poner en práctica medidas revolucionarias: supresión de estructuras estatales, control obrero y organización local autónoma. El gobierno republicano respondió enviando al ejército y la revuelta fue rápidamente sofocada. Enero de 1933: hubo insurrecciones en Cataluña, Valencia, Andalucía y Aragón. El episodio más conocido fue el de Casas Viejas. Campesinxs anarquistas proclamaron el comunismo libertario y se enfrentaron a las fuerzas gubernamentales. La represión fue brutal: fuerzas de seguridad incendiaron la choza de un militante conocido como *Seisdedos* y asesinaron a varios vecinos. Tras las elecciones de noviembre de 1933, sectores anarquistas lanzaron otro ciclo insurreccional, especialmente fuerte en Aragón, La Rioja y algunos puntos de Cataluña. Se produjeron ocupaciones de ayuntamientos, sabotajes de líneas ferroviarias, huelgas y proclamaciones de comunismo libertario en localidades rurales. La respuesta estatal volvió a ser una fuerte represión y numerosas detenciones.

ra de la acción directa; consolidaron redes de afinidad y experiencia organizativa; alimentaron la idea de que la revolución podía iniciarse localmente; generaron experiencia práctica en huelgas, enfrentamientos y organización clandestina; prepararon, en parte, la re puesta de julio de 1936.

Por todo esto para los grandes propietarios agrarios, los sectores militares, las élites económicas y las fuerzas conservadoras, el problema no era exclusivamente la existencia de un gobierno republicano. La preocupación central se basaba en el crecimiento de movimientos revolucionarios capaces de alterar estructuras históricas de poder. El temor a una revolución social desempeñó un papel decisivo en la preparación del golpe, alimentado por la experiencia de la Revolución rusa y por el desarrollo del ímpetu revolucionario en la Península.

Este aspecto resulta esencial porque la contrarrevolución franquista no intentó únicamente destruir una forma institucional de gobierno; buscó también desarticular redes obreras, espacios comunitarios, proyectos educativos, una cultura proletaria opuesta a la burguesía y experiencias de emancipación que cuestionaban simultáneamente jerarquías económicas, políticas y patriarcales.

Las mujeres se encontraban profundamente implicadas en esas transformaciones. Eran parte de sindicatos, ateneos libertarios, grupos culturales, campañas educativas y experiencias de organización autónoma.

Su participación no se reducía a tareas auxiliares ni a espacios considerados tradicionalmente femeninos: intervenían en huelgas, se encargaban de la propaganda y la difusión de prensa obrera, organizaban redes de solidaridad, participaban en procesos de alfabetización y sostenían espacios de formación política donde se discutían cuestiones relacionadas con la emancipación social y también con la emancipación de las propias mujeres. Sabían que ante todo es importante organizarse en base a la propia opresión. En numerosos ateneos libertarios las mujeres asistían a cursos de lectura, formación técnica, conferencias y debates; otras se incorporaban a sindicatos o a grupos juveniles anarquistas, comenzando a cuestionar simultáneamente las jerarquías económicas y las relaciones patriarcales presentes incluso dentro de los espacios militantes.

En publicaciones como la revista de Mujeres Libres se insistía en que la Revolución social no podía limitarse a cambios económicos o políticos si mantenía intacta la subordinación femenina. Una formulación repetida por sus militantes afirmaba: «No se puede construir una sociedad nueva con mujeres sometidas». Más adelante, la organización insistiría en la necesidad de una *capacitación* de las mujeres que permitiera romper siglos de dependencia material y cultural. Esta cuestión resulta central porque la autonomía femenina adquiriría un significado que iba mucho más allá de la incorporación de mujeres

a determinadas tareas revolucionarias. Lo que estaba en juego era la transformación de relaciones de poder profundamente arraigadas. Una mujer sindicalista, alfabetizada, armada, económicamente independiente o políticamente organizada cuestionaba simultáneamente varios órdenes: el familiar, el religioso, el económico y el político. Su sola existencia desafiaba la división tradicional entre espacio doméstico y espacio público sobre la que descansaba gran parte del orden social conservador.

Por ello la violencia posterior adquirió frecuentemente una dimensión específica de género: no solo castigó militancias concretas sino también formas de autonomía consideradas incompatibles con el orden social que se pretendía restaurar. La represión franquista persiguió a mujeres por haber sido milicianas, sindicalistas o militantes, pero también por haber transgredido normas consideradas esenciales para la restauración del nuevo régimen. Ciertos castigos ejemplarizantes buscaron algo más que sancionar una posición política: pretendían disciplinar cuerpos y reconstruir una determinada idea de feminidad.

La autonomía de las mujeres constituía un peligro porque demostraba que las jerarquías tradicionales no eran naturales ni inevitables. El proyecto franquista no buscaba únicamente derrotar a organizaciones revolucionarias; pretendía restablecer un orden social basado en la autoridad, la familia patriarcal y la subordinación de las mujeres. En ese sentido, la mujer revolucionaria

aparecía como una amenaza doble: era enemiga política y, al mismo tiempo, negación viviente del modelo de mujer que el nuevo régimen intentaría imponer. Por ello la contrarrevolución no solo combatió una revolución social: también combatió la posibilidad de que las mujeres transformaran radicalmente el lugar que históricamente se les había asignado.



CUANDO LAS CALLES VENCIERON A LOS CUARTELES

El mecanismo de hierro del Estado, ese mecanismo montado sobre la fuerza, disciplinado férreamente, técnicamente capacitado para sostener privilegios, el Ejército, ha sido desorganizado y vencido en toda la línea al levantarse en armas para imponer el fascismo. [...] En lo sucesivo nada hay que temer, nada se debe temer. Si los trabajadores quieren organizar su vida al margen del Estado y del capitalismo, podrán hacerlo.

La Soli.

Julio de 1936

La primera respuesta anarquista al alzamiento militar de julio de 1936 fue inmediata, descentralizada y basada en la acción directa armada y la autoorganización popular, antes incluso de que existiera una coordinación política general. Se trató de salir a la calle a frenar el golpe. En cuanto se conoció el levantamiento del 17-18 de julio, militantes de la CNT, de la FAI y otros grupos obreros ocuparon calles estratégicas, levantaron barricadas, asaltaron cuarteles, depósitos y comisarías para conseguir armas,

organizaron patrullas armadas improvisadas, atacaron posiciones militares sublevadas en ciudades donde el golpe no era dominante.

En ciudades como Barcelona, la respuesta fue especialmente decisiva. Los sindicatos y comités obreros tomaron la iniciativa en la resistencia; se construyeron barricadas en puntos estratégicos; se atacaron columnas militares en movimiento... Durante los días 19 y 20 de julio militantes de la CNT, de la FAI, guardias de asalto y sectores populares derrotaron a las tropas sublevadas tras violentos combates callejeros. La toma del cuartel de Drassanes se convirtió en un episodio decisivo.⁵ El golpe fue derrotado.

Este triunfo no fue solo *militar*: permitió el colapso

5. Durante esos enfrentamientos resultó herido de muerte Francisco Ascaso, anarquista que había nacido en Zaragoza en 1901 y se había formado en un ambiente obrero muy marcado por la conflictividad social y la represión. Durante los años 20 y principios de los 30 estuvo implicado en exilios, clandestinidad y actividades revolucionarias en España y también en América Latina, especialmente en Argentina, donde el movimiento anarquista tenía mucha fuerza. Junto con otros militantes como Buenaventura Durruti y Juan García Oliver, participó en redes de militancia que combinaban organización obrera, insurrección y acciones armadas contra la represión estatal y patronal.

parcial del aparato estatal en Cataluña y abrió el proceso revolucionario. La respuesta anarquista no se limitó a frenar el golpe, sino que generó un mundo propio casi de inmediato: aparición de comités revolucionarios locales; control obrero de fábricas y transportes; colectivizaciones en sectores urbanos y rurales; creación de milicias obreras para continuar la lucha. Es decir, la resistencia al golpe se transformó rápidamente en reorganización revolucionaria.

Esta respuesta no fue improvisada en sentido absoluto. Ya vimos como en el anarquismo de los años 30 existía una fuerte tradición insurreccional vinculada a la idea de la acción directa; la preparación de levantamientos revolucionarios anteriores, la experiencia de organización en grupos de afinidad de la FAI, un imaginario que concebía la revolución como ruptura inmediata, no como transición parlamentaria.⁶

6. Parte de este tejido había sido construido también años previos por los Comités de Defensa. Los Comités de Defensa fueron organismos de base creados principalmente por la CNT y vinculados también a la FAI durante los años previos a la Guerra Civil y la revolución de 1936. Su función inicial era preparar la autodefensa obrera frente a la represión estatal, los grupos armados patronales y la amenaza fascista, pero terminaron convirtiéndose en estructuras fundamentales de organización revolucionaria. No eran cuerpos militares en sentido clásico.

Por eso, en muchos lugares, la reacción fue casi automática: detener el golpe significaba iniciar la revolución. La primera respuesta anarquista tuvo un efecto decisivo. El golpe fracasó en grandes ciudades industriales; el Estado republicano perdió el control en amplias zonas; el poder efectivo pasó a comités obreros y milicias; comenzó la Guerra Civil junto con una revolución social sin precedentes en Europa occidental.

Las mujeres fueron parte activa en aquella resistencia inicial. Aunque la memoria posterior tendió a privilegiar imágenes masculinas de la lucha armada, en ciudades donde el levantamiento militar no triunfó de inmediato las mujeres participaron en múltiples niveles. En la construcción de barricadas desde los sindicatos y los grupos obrerxs; en el transporte de armas y municiones desde ateneos y cuarteles asaltados; de enlace y mensajería, trasladando información entre columnas y puntos de resistencia; en la atención a heridos improvisada en hospitales, conventos requisados y locales obreros; en el apoyo logístico —alimentos, ropa, organización de retaguardia inmediata—; en enfrentamientos urbanos

Surgieron desde los barrios, sindicatos y lugares de trabajo. Estaban formados por militantes y trabajadores organizadx que actuaban de manera clandestina o semiclandestina y se estructuraban en pequeños grupos para mantener la seguridad y evitar grandes caídas en caso de represión.

—aunque menos visibles en las fotografías icónicas de los combates, estas tareas fueron esenciales para sostener la resistencia urbana durante los días decisivos— o se incorporaron inmediatamente después a las primeras columnas milicianas.

Las milicianas anarquistas no constituían un grupo homogéneo. Eran jóvenes obreras y jornaleras, militantes de sindicatos libertarios, activistas de ateneos y grupos juveniles, mujeres sin experiencia política previa que se incorporan tras el golpe. Muchas provenían de entornos urbanos como Barcelona, Valencia o Madrid, mientras otras procedían del mundo rural colectivizado.

Su entrada en las milicias fue en gran parte voluntaria y directa. Se alistaban en columnas organizadas desde sindicatos o comités obreros; recibían formación militar básica improvisada —uso de fusil, disciplina mínima— y eran asignadas a columnas mixtas o unidades específicas según el frente. Su compromiso representa la incorporación directa de mujeres a la violencia política y la defensa armada.

Sin embargo, la aparición de las milicianas en 1936 no constituyó una irrupción espontánea. Las mujeres anarquistas contaban con un largo recorrido de implicación en conflictos sociales, huelgas y movimientos insurreccionales desarrollados durante décadas anteriores. Para muchas militantes libertarias, la revolución no comenzó con la guerra: constituía la continuación de un

largo proceso de luchas, aprendizajes y prácticas de resistencia desarrolladas en contextos previos.

Dentro de este proceso revolucionario, supuso una ruptura histórica enorme. Durante los primeros meses posteriores al golpe militar, miles de mujeres se incorporaron a las milicias. Algunas marcharon hacia el frente integradas en columnas emblemáticas del movimiento anarquista como la *Columna Durruti* y la *Columna de Hierro*.

La *Columna Durruti*, organizada alrededor de Buenaventura Durruti, partió de Barcelona el 24 de julio de 1936 rumbo al frente de Aragón. Su proyecto no era exclusivamente militar: concebía la lucha contra el fascismo como inseparable de la Revolución social, impulsando colectivizaciones y nuevas formas de organización popular en las zonas que ocupaba.

La *Columna de Hierro*, por su parte, representó una de las expresiones más radicales del anarquismo revolucionario, defendiendo la continuidad entre guerra y revolución y rechazando la militarización y la reconstrucción de estructuras estatales tradicionales. Surgida en el verano de 1936 en el País Valenciano, se convirtió en un laboratorio extremo de revolución social en el frente, do de la guerra y la transformación social se vivían como un mismo proceso inseparable.

Uno de los rasgos más característicos de la *Columna de Hierro* fue su origen social. No fue una unidad militar regular ni una milicia disciplinada desde arriba, sino una

agregación de militantes libertarixs, jornalerxs, obrerxs urbanxs y también personas presas liberadas de cárceles valencianas en los primeros días tras el fracaso del golpe.⁷ Esta composición le dio un carácter muy heterogéneo y, al mismo tiempo, profundamente insurreccional.

Sus integrantes rechazaban de forma explícita la militarización de las milicias impulsada por el gobierno republicano y por sectores del propio movimiento antifascista. Consideraban que la disciplina militar jerárquica era incompatible con la Revolución social y defendían una organización basada en la autonomía de los grupos y la iniciativa colectiva.

En el frente de Teruel, donde actuó principalmente, la *Columna de Hierro* desarrolló una intensa actividad no solo militar sino también revolucionaria. Allí donde avanzaban, impulsaban colectivizaciones, expropiaciones de tierras y reorganización de la vida local bajo principios libertarios. Para sus integrantes, el combate contra el franquismo no podía separarse de la destrucción de las estructuras económicas y sociales del viejo orden.

Uno de los aspectos más llamativos de la *Columna de Hierro* fue su cultura política interna. Era conocida por

7. La *Columna de Hierro* protagonizó una acción muy conocida en los primeros meses de la guerra: la liberación de la cárcel de San Miguel de los Reyes, en Valencia. Los milicianos forzaron la apertura de la prisión y liberaron a las personas presas.

su lenguaje directo, su rechazo de la autoridad tradicional y su fuerte componente igualitario, aunque también por su falta de disciplina formal, lo que generó tensiones con otras columnas y con mandos republicanos. Esta autonomía extrema fue vista por algunos como una forma genuina de revolución en marcha y por otros como un problema para la coordinación militar.

La *Columna de Hierro* también destacó por su actividad propagandística. Publicó manifiestos muy contundentes en los que denunciaba tanto el fascismo como las tendencias burocráticas dentro de la lucha contra el fascismo. Uno de sus lemas más conocidos era la idea de que la revolución no debía ser pospuesta: «La revolución y la guerra son inseparables», afirmaban, rechazando la idea de que primero debía ganarse la guerra y después transformar la sociedad.

En este contexto, la presencia de mujeres, aunque minoritaria y poco documentada, también existió.

El caso más conocido es el de María Pérez Lacruz, militante libertaria que se incorporó muy joven a la columna. Nació en 1917 en el ámbito rural valenciano, en una familia trabajadora marcada por la precariedad económica. Su figura es significativa porque rompe con la imagen de una milicia exclusivamente masculina y muestra como algunas mujeres participaron directamente en experiencias insurreccionales. Participó en tareas sanitarias y resultó herida en Puerto Escandón, en el frente de Teruel.

Su trayectoria refleja la violencia sufrida por muchas mujeres revolucionarias: la represión y el castigo específico dirigido contra quienes habían quebrado el orden patriarcal. El recorrido de María Pérez Lacruz ilustra de manera especialmente dura la represión franquista sobre las mujeres vinculadas al anarquismo. Fue detenida, encarcelada y sometida a consejo de guerra. En 1942 fue finalmente ejecutada en Valencia, convirtiéndose en una de las últimas mujeres fusiladas por el franquismo en la posguerra. Su condena no puede entenderse solo en términos militares o judiciales: su militancia anarquista, su participación en una columna insurreccional y su condición de mujer politizada en un espacio revolucionario la ubicaron en el centro de una represión que, como ya comentamos, también tenía un fuerte componente ejemplarizante y de restauración del orden de género.⁸ Su figura resulta especialmente relevante porque condensa tres dimensiones a menudo separadas en los relatos históricos: la juventud militante, la participación en una experiencia insurreccional como la *Columna de Hierro* y la represión posterior ejercida por el franquismo.

La *Columna de Hierro* fue finalmente integrada, como otras milicias, en el proceso de militarización del

8. La propaganda franquista construyó la figura de la *miliciana violenta* como símbolo del *caos revolucionario*.

Ejército Popular a partir de 1937, lo que supuso la pérdida de su autonomía original. Tras el fracaso del golpe de julio de 1936, no existía un *ejército* unificado. En su lugar existían: milicias de la CNT-FAI; milicias socialistas y comunistas, columnas independientes en el frente.

En los primeros meses, estas columnas funcionaban con autonomía política y organizativa, con fuerte componente revolucionario. La *Columna de Hierro* era uno de los casos más claros de esa autonomía. Pero a partir de septiembre-octubre de 1936, el gobierno de Largo Cabañero impulsó la militarización obligatoria para centralizar el mando, mejorar la coordinación militar, integrar las milicias en una estructura estatal, y aumentar la eficacia bélica frente al avance franquista.

En la práctica, militarizar una columna significaba la sustitución de las asambleas de milicianxs por jerarquías militares; la creación de rangos —teniente, capitán, comandante—; la incorporación a unidades del Ejército Popular; disciplina militar obligatoria; pérdida de autonomía de las columnas; subordinación al Ministerio de Guerra.

El proceso generó fuertes tensiones con el gobierno republicano, con los mandos militares centralizadores, y con sectores del comunismo partidarios de un ejército regular.

Dentro del propio movimiento libertario también hubo divisiones: la CNT-FAI aceptó la militariza-

ción comomedida *táctica*, mientras otras corrientes más radicales la rechazaban.

Finalmente, entre finales de 1936 y comienzos de 1937 la *Columna de Hierro* fue disuelta como unidad autónoma, algunxs fueron integradxs en unidades del Ejército Popular, y otrxs quedaron desplazadxs o desmovilizadxs políticamente.

Este proceso no fue solo administrativo: supuso el fin del experimento revolucionario en el frente tal como lo habían concebido las columnas anarquistas. Fue vivido por muchos de sus integrantes como una derrota política dentro de la propia retaguardia más amplia, ya que implicaba el abandono del modelo revolucionario que habían intentado construir.





ENTRE LA REVOLUCIÓN Y EL RETORNO DEL ORDEN

La revolución pacífica se hace cada día más imposible;
vemos la necesidad de cortar por lo sano y lo haremos.

TERESA DUCH.

Los Galeotes, 1921. Lleida

La presencia de las milicianas en el frente fue especialmente visible entre julio y finales de 1936.

Algunas participaron directamente en combate; otras desempeñaron funciones de transmisiones, asistencia sanitaria, abastecimiento o enlace. Las condiciones materiales eran extremadamente precarias, pero su significado político trascendía ampliamente lo militar: la mujer armada cuestionaba la división entre espacio público y privado y la exclusión histórica de las mujeres de la acción directa.

La posterior expulsión progresiva de las mujeres de los frentes a finales de 1936 y durante 1937 expresó no solo decisiones militares sino también la persistencia de límites patriarcales dentro del propio campo revolucionario. La retirada de las mujeres del frente fue vivida por muchas como una derrota política y simbólica. Se tra-

tó de un proceso político y militar que se produjo principalmente entre finales de 1936 y comienzos de 1937, y representó uno de los retrocesos más significativos para la participación femenina abierta. Durante los primeros meses tras julio de 1936, cientos —y probablemente varios miles— de mujeres participaron armadas en las columnas milicianas que marcharon hacia los frentes de Aragón, Madrid, Mallorca o Andalucía. Su presencia era consecuencia directa del carácter revolucionario de la respuesta popular al golpe militar: la ruptura del orden social tradicional permitió que muchas asumieran funciones hasta entonces reservadas a los hombres. Durante el verano de 1936 la prensa revolucionaria exaltó a las milicianas como emblemas de la nueva sociedad. Sin embargo, esa aceptación comenzó a cambiar a medida que avanzó el proceso de militarización.

En ese contexto empezó una campaña pública contra la presencia femenina en el frente. Desde sectores republicanos y comunistas aparecieron discursos que afirmaban que las mujeres eran más útiles en la retaguardia, como enfermeras, trabajadoras o responsables de abastecimiento. Algunos periódicos llegaron a presentar a las milicianas como elementos de desorden o incluso como foco de enfermedades venéreas y de *desmoralización* de las tropas. Estas acusaciones reproducían viejos prejuicios patriarcales y buscaban justificar políticamente su retirada.

La expulsión no fue inmediata ni idéntica en todos los frentes, pero hacia finales de 1936 comenzaron órdenes concretas. En noviembre y diciembre muchas unidades recibieron instrucciones para retirar a las mujeres combatientes. A comienzos de 1937 la medida se había generalizado. Las mujeres fueron enviadas a hospitales, fábricas, comedores, oficinas o servicios auxiliares.

La decisión provocó tensiones importantes, especialmente entre sectores libertarios. Mujeres vinculadas al movimiento anarquista denunciaron que la revolución estaba reproduciendo estructuras tradicionales de dominación masculina. La organización Mujeres Libres criticó que se alabara a las mujeres como heroínas en julio y agosto y pocos meses después se las apartara de la lucha armada.

La contradicción era evidente: la revolución había abierto una posibilidad inédita de emancipación femenina, pero la reconstrucción del aparato estatal y militar volvió a imponer jerarquías tradicionales. La retirada de las mujeres del frente fue, para muchas militantes, una señal temprana de la burocratización y normalización política que avanzaba dentro del campo republicano. En las memorias de varias milicianas aparece la sensación de haber sido utilizadas como símbolo revolucionario al principio y desplazadas después cuando la prioridad dejó de ser la Revolución social y pasó a ser la construcción de un ejército convencional.

La expulsión de las milicianas no significó el fin de la participación femenina en la guerra: decenas de miles de mujeres siguieron desempeñando funciones esenciales en la retaguardia, en la producción, la sanidad, la educación y la organización política. Pero sí marcó el final de uno de los aspectos más radicales y visibles de la transformación social iniciada en julio de 1936: la presencia de mujeres armadas combatiendo.

La experiencia revolucionaria atrajo además a compañeras internacionalistas como Emma Goldman, que dejaron, en algunos casos, testimonios escritos de su impresión y experiencias. Para Emma, la revolución en curso representaba una de las iniciativas más cercanas a los ideales libertarios que había conocido, destacando la fuerza de las colectivizaciones, la autoorganización popular y la implicación femenina en la vida revolucionaria. Al mismo tiempo, advirtió tensiones derivadas de la burocratización creciente y del riesgo de subordinación de la revolución a exigencias estrictamente militares y políticas. Goldman veía con preocupación el aumento de influencia del Partido Comunista —apoyado por la URSS—, los aparatos administrativos del gobierno republicano y los Comités transformados en estructuras permanentes y jerarquizadas. En su visión, estos órganos estaban sustituyendo la autoorganización directa de trabajadores y campesinos. Veía con preocupación la pérdida de influencia de los comités revolucionarios, de los comités de fábrica, de las colectividades agrarias y de las milicias

autogestionadas, que iban siendo absorbidos, disueltos o subordinados a estructuras oficiales. A finales de 1936 fue nombrada representante de la CNT-FAI en Londres, una tarea desde la cual desarrolló una intensa actividad política y propagandística.

Su misión consistía en explicar al mundo el significado de la revolución y combatir la imagen distorsionada que difundían tanto los sectores conservadores como los adversarios comunistas del movimiento libertario. Goldman escribió artículos, pronunció conferencias y mantuvo correspondencia con militantes de numerosos países. Defendió con insistencia que lo ocurrido no era únicamente una guerra contra el fascismo, sino una transformación social profunda protagonizada por las clases trabajadoras, una ruptura con el viejo orden. Para ella, la revolución no podía separarse de la lucha militar: ambas dimensiones formaban parte de un mismo proceso. Su labor internacional buscó mantener viva la solidaridad y preservar la memoria de una experiencia que consideró una de las mayores esperanzas revolucionarias de su tiempo.

La experiencia de las mujeres libertarias en los años treinta deja una enseñanza decisiva: ninguna revolución puede considerarse completa si mantiene intactas las relaciones de subordinación de género. Las milicianas, las sindicalistas, las insurreccionalistas, las anarquistas comprendieron que la emancipación no podía aplazarse para un supuesto *después* de la victoria social.

Entendieron que la revolución debía comenzar en el presente, transformando simultáneamente las estructuras económicas, las relaciones sociales y la vida cotidiana.

Su lucha cuestionó toda forma de dominación y autoridad. Combatieron el fascismo en las barricadas y en los frentes, pero también enfrentaron las desigualdades y jerarquías que persistían incluso dentro del propio espacio revolucionario. Su experiencia amplió el sentido de la transformación social: la revolución no podía limitarse a cambiar instituciones o formas de propiedad, sino que debía alcanzar también las relaciones humanas y las estructuras invisibles del poder cotidiano.

Sería impensable comprender esta experiencia sin la participación decisiva de campesinxs y proletarixs que la hicieron posible. Durante décadas, trabajadores del campo y de la ciudad habían construido espacios de organización, solidaridad y resistencia. Fueron ellxs quienes, frente al golpe militar, sostuvieron la defensa popular y protagonizaron una experiencia histórica extraordinaria: colectivizaron tierras, pusieron fábricas y talleres bajo control obrero y demostraron que las clases populares podían organizar la vida social desde sus propias habilidades y necesidades.

Hoy, cuando se cumplen noventa años de la Revolución social de 1936, la memoria histórica exige recuperar también esas experiencias que durante mucho tiempo quedaron en los márgenes del relato oficial.

No para convertirlas en una pieza de museo ni en un recuerdo inmóvil, sino para devolverles su dimensión humana y colectiva. Porque la historia de aquella revolución fue escrita por miles de nombres anónimos: mujeres, jornalxrxs, obrerxrxs, campesinxrxs, militantes que imaginaron y trataron de construir un mundo diferente.

Noventa años después, recordar sigue siendo una forma de resistencia. Mantener viva esa memoria significa impedir que desaparezcan las huellas de quienes lucharon, pero también reconocer que, entre las derrotas y las esperanzas de aquel tiempo, continúan existiendo preguntas y aspiraciones que todavía interpelan nuestro presente.

POSDATA: ¿Qué es un imaginario? Desde un punto de vista revolucionario, un imaginario es el conjunto de ideas, símbolos, valores, expectativas, relatos, deseos y formas de imaginar el mundo que permiten a un movimiento —a un entorno de luchadoras, a grupos de acción etc.— concebir una realidad diferente y actuar para transformarla. No se refiere simplemente a «fantasías» o ilusiones, sino a una manera colectiva de pensar qué sociedad existe, cuál se niega y cuál podría construirse.

Un proceso revolucionario no se sostiene únicamente por condiciones económicas o por la organización material; también necesita un imaginario compartido. Es decir, una visión capaz de romper la sensación de que el orden existente es inevitable.



LOS CONDENADOS



Julio de 1936. Para hacer frente al intento de golpe militar de los fascistas y de la reacción, se desencadena la insurrección del *pueblo en armas*. En varias ciudades, especialmente en Barcelona, la insurrección logra al mismo tiempo reducir casi a la nada las estructuras del Estado.

Casi, porque algunos meses más tarde la contrarrevolución se apoyará precisamente en ese aparato estatal que los revolucionarios habían dejado por muerto.

Con casi dos semanas de diferencia, la insurrección estalla también en Valencia. Estamos entonces en los últimos días de julio. Como en otros lugares, los cuarteles son atacados, los policías desarmados y se crean diversos comités para hacer frente a las necesidades de la revolución... o para estrangularla poco a poco.

Mientras tanto, el levantamiento militar ha triunfado en una parte importante de España y empiezan a dibujarse las líneas del frente. Surgen entonces, inicialmente bajo el impulso de la CNT y la FAI, las milicias libertarias. Una de estas milicias recibirá el nombre de la *Columna de Hierro* y, antes de abandonar Valencia para di-

rigirse al frente, los primeros núcleos de esta columna en formación asaltan la prisión de San Miguel de los Reyes, liberando a todos los presos.

Dejemos ahora la palabra a un *incontrolado*:

Era joven, y sigo siendo joven ahora, puesto que entré en el penal con veintitrés años y salí de él —porque los compañeros anarquistas abrieron sus puertas— cuando tenía treinta y cuatro. ¡Once años sometido al suplicio de no ser un hombre, de ser una cosa, de ser un número!

Conmigo salieron muchos hombres que habían soportado lo mismo, que estaban igualmente marcados por los malos tratos sufridos desde su nacimiento. Algunos, apenas pisaron el pavimento de la calle, se marcharon por el mundo; y los demás nos unimos a nuestros libertadores, que nos trataron como amigos y nos quisieron como hermanos. Con ellos, poco a poco, formamos la *Columna de Hierro*; con ellos, a grandes pasos, asaltamos los cuarteles e hicimos entregar las armas a temibles guardias civiles; con ellos, mediante duros combates, empujamos a los fascistas hasta las crestas de las montañas, donde todavía permanecen hoy.

Acostumbrados a tomar aquello que necesitábamos, a perseguir al fascista, conquistamos de él los suministros y los fusiles. Y durante un tiempo nos alimentamos de lo que nos ofrecían los campesinos, y nos

armamos sin que nadie nos regalara un arma: con aquello que habíamos arrebatado, por la fuerza de nuestros brazos, a los militares sublevados. El fusil que sostengo y acaricio, el que me acompaña desde que abandoné aquel fatídico penal, es mío, es un bien propio; si tomé, como un hombre, el que tengo entre las manos, de la misma manera son nuestros, verdaderamente nuestros, casi todos los que mis compañeros sostienen entre sus manos.

La *Columna de Hierro*, junto a otras columnas, mantendría el frente que rodeaba Teruel, una ciudad ocupada y fortificada por las tropas fascistas. Se distinguió por su intransigencia, negándose a anteponer la guerra a la revolución. Allí por donde pasaba iba sembrando las semillas de la nueva sociedad, del *comunismo libertario*, como se decía entonces, y animaba a los campesinos a colectivizar las tierras, a crear ateneos, escuelas, teatros...

Ya por entonces, la Columna era vista con malos ojos por las demás formaciones antifascistas; algo que más tarde se extendería también a los comités centrales y a las altas instancias de la CNT, cuando su dirección eligió la vía de la colaboración política, llegando incluso a aportar cuatro ministros al gobierno republicano.

La Columna demostraría también su determinación revolucionaria y su rechazo al principio de «la guerra an-

tifascista ante todo» al regresar a Valencia, donde sus milicianos quemaron públicamente los registros de la propiedad y los archivos policiales, desarmaron a los policías y expropiaron varias joyerías (23 de septiembre de 1936).

Por último, hemos exigido la destrucción de todos los documentos que representaban un pasado tiránico y opresor contra el que se rebela nuestra conciencia libre. Hemos destruido esos documentos y pensamos ocupar todos los edificios que, como el Palacio de Justicia, sirvieron en otros tiempos para enterrar a los revolucionarios en las prisiones y que hoy, cuando nos encontramos en los albores de una sociedad libertaria, ya no tienen razón de existir.

Para acabar con las mentiras.

Un manifiesto de la Columna de Hierro.

Puerto Escandón, 1 de octubre de 1936

En noviembre de 1936, los comunistas, que habían reforzado espectacularmente su posición mediante intrigas y otras maniobras políticas concebidas junto a Stalin, así como con la implantación de una policía política secreta en España, impulsan decisivamente el avance de la contrarrevolución bajo la bandera del *antifascismo*.

Con la supresión de las milicias, la creación de un *Ejército Popular* bajo un mando único controlado por

el Estado republicano renacido de sus cenizas y la militarización de todas las fuerzas combatientes, la Revolución social comenzó a ser asfixiada. La *Columna de Hierro* fue una de las opositoras más firmes a la militarización y combatió este decreto durante meses.

Finalmente, hacia marzo de 1937, también terminó cediendo ante las presiones y amenazas: quedarse sin armas ni municiones, ser marginada por la propia Confederación Nacional del Trabajo y enfrentarse al riesgo de ser aplastada por el *Ejército Popular*, cada vez más influido por el peso político comunista.

La Columna fue transformada en una división, lo que permitió conservar cierto grado de autonomía. Sin embargo, numerosos milicianos abandonaron el frente y pasaron a ser perseguidos por las fuerzas policiales republicanas. Muchos de ellos reaparecerían entre quienes se sublevaron en mayo de 1937 en Barcelona, intentando por última vez frenar el avance de la contrarrevolución.

Reproducimos a continuación un par de textos publicados en *Línea de Fuego*, órgano editado por la *Columna de Hierro*. Teniendo presente la *composición* de la *Columna de Hierro*, sus actividades revolucionarias tanto en el frente como en la retaguardia y la conciencia, muy arraigada entre los milicianos de esta columna, de que la contrarrevolución estaba imponiéndose progresivamente, este diálogo habla directamente al corazón de quienes viven en primera persona la tensión anarquista y revolucionaria. Tanto ayer como hoy.

I

Loco. Debía de estar loco. Quizá porque era luna llena, se había apartado de todos y estaba sentado sobre aquel peñasco, frente al valle.

Había muchos locos en la Columna, envenenados por su sentimentalismo. Ya he mencionado el caso de *Dum Dum*. Pero estos casos psicológicos, tanto el suyo como el de Claudio, no eran raros.

Román también estaba intoxicado. Tal vez era uno de los casos más graves. Sus nervios temblaban de entusiasmo. De pronto se ponía en pie en la trinchera y comenzaba a gritar y a saltar entre las zarzas. Parecía querer abrazar la naturaleza entera: «¡Qué suerte vivir momentos así!».

Otras veces se encerraba en sí mismo, como si quisiera desaparecer, y caía en un mutismo impenetrable. Parecía haberse convertido en un puro gesto de amargura.

La primera batalla seria de la Columna contra los fascistas fue algo grandioso. Medio desnudos, casi sin armas, se lanzaban con la furia de un huracán contra el enemigo, que huía desordenadamente, dejando víctimas a su paso. «Somos una horda de locos», comentó Román.

II

Porque hay luna llena, se ha sentado en la punta de

aquel peñasco. Ya han pasado dos turnos de guardia y sigue allí. ¿Se habrá dormido? Hace un rato que ya no se ve la pequeña llama que daba vida a su incansable pipa.

Culata ocupa el mismo parapeto que Román, aunque tres grupos más allá. Ahora está de guardia. Mira, frente a él, los cuchillos que, como un oleaje inmóvil, se extienden desde las trincheras enemigas. De vez en cuando se vuelve y dirige la mirada hacia el lugar donde está Román, que le da la espalda, apoyado en las rocas.

Cuando termine el turno de guardia irá hasta allí. Aunque interrumpa así su soledad. Quiere hablar con él... Desea hablar con él.

Culata pertenece a un tipo humano y a una constitución física muy típicos en la Columna. Hercúleo.

Valiente. Dulce. Un niño grande...

—¿Quién va?

—¡Libertad!

—Es el delegado de la centuria.

—¿Qué ocurre?

—Nada... Voy a descansar.

El delegado avanza a lo largo del parapeto en busca de su caseta. De ella salen fuertes respiraciones.

Deben de ser las doce de la noche. La hora de relevar a Culata.

Este entra en una barraca. Un amasijo de cuerpos y mantas. Una atmósfera sofocante. Sacude suavemente un cuerpo:

—Eh, tú. La guardia...

III

Fuera, todavía medio dormida, la centinela toma el fusil. Se envuelve en una manta. Hace frío.

Todos sus miembros temblorosos vibran.

—No tengo sueño... Voy allí a fumar un cigarrillo —dice Culata.

Y se aleja.

El relevo lo sigue un momento con la mirada. Después le da la espalda y permanece inmóvil, escrutando la noche, con los ojos fijos en las colinas.

Román no duerme. Acaba de encender la pipa. Ha oído pasos y vuelve la cabeza. Culata se acerca a él:

—¿Qué haces?

—Fumo.

Culata se sienta a su lado. Un largo silencio. Los dos parecen preocupados únicamente por la vida de la llama que consume el tabaco.

—Tienes un carácter extraño...

Es Culata quien acaba de hablar.

Román ha girado muy ligeramente la cabeza. Parece que va a decir algo. Pero prefiere llevarse la pipa a los labios.

—Eres extraño... Me gusta tu carácter. Aunque, a veces, no sé... Para todos eres un buen compañero.

Pero siempre tenemos la sensación de no conocerte del todo. Parece que siempre guardas algo fuera de la mirada de los demás... Eso está bien. Me gustaría ser así.

Culata calla un instante, pero añade enseguida:

—Mira. Esta tarde, cuando estabais discutiendo, te oí decir que una vez que la Revolución haya triunfado, muchos revolucionarios se suicidarán. No sé si eso es lo que querías decir... ¿Es eso?

Román levanta un poco la cabeza, como si quisiera recordar:

—Algo así, —dice.

Culata se acomoda mejor sobre la roca, satisfecho:

—Esto me ha hecho pensar. Por mi parte he pensado un poco en lo que habéis dicho... Lo que pasa es que no encontraba las palabras para expresarlo... Pero sí, lo he pensado y... Sí. Ganaremos la Revolución. ¡Tenemos que ganarla! Pero, para aquellos de nosotros que caigamos durante la lucha... será la suerte de morir con la esperanza del triunfo... Mientras que para los que quedan... Para los que conozcan la administración de la victoria, para algunos de ellos, como tú has dicho, estará el suicidio... Asqueados.

Román hace un movimiento brusco. Parece como si tuviera miedo de lo que está oyendo. En realidad, se trata de una interpretación de lo que él dijo aquella tarde. Una interpretación quizá un poco simplista, superficial. Percibe a través de las palabras de Culata que este también está intoxicado por el escepticismo. Y se cree obligado a mentir:

—No has entendido lo que hemos dicho.

Culata lo mira, dubitativo. Román insiste:

—No, no lo has entendido.

El otro parece darle la razón:

—Puede ser... Soy torpe. He leído poco. Pero...

Se interrumpe, para añadir inmediatamente, con energía:

—¡Sí que os he entendido! Quizá no sé expresarme bien, pero lo he comprendido. Lo que pasa es que tienes miedo de que esto se extienda y se convierta en un peligro para la Revolución. ¿Por qué ese miedo? ¡La piedra ya está rodando y nadie podrá detenerla!...

Yo... Escucha, soy de los que no esperan nada bueno del triunfo de la Revolución. Cuando haya terminado, si todavía sigo vivo, esos mismos compañeros me matarán, o me mataré yo mismo. Sí... No tengo por qué callarlo.

—Todos lo sabéis. Soy carne de prisión. A lo largo de toda mi vida he hecho cosas que... quizá no estaban bien. Pero entonces era incapaz de explicar, y todavía lo soy, lo que sentía... Sentía una sed de rebelión... sentía cómo la injusticia me mordía en mi propia carne. Todo mi ser se alzaba y gritaba que todo aquello no tenía razón de ser...

Hace una pausa. Saca el mechero. La ruedecilla escupe un polvo luminoso.

Allá abajo, al fondo del valle, estalla un disparo, como un latigazo. Se oye la bala; se adivina la línea sonora que va trazando mientras sigue su trayectoria.

—Yo, sí, quizá he hecho daño... Pero a mí me han

hecho mucho más. Mi cuerpo ha podido soportar castigos terribles. Si no fuera tan fuerte, ahora mis pulmones estarían destrozados... La Revolución me dio la ocasión de devolver golpe por golpe. ¡Y la devolví! Aquí y en la retaguardia.

Sé que ahí abajo me están buscando. Enemigos declarados ayer, sé que hoy han encontrado apoyos en los comités. Siempre encuentran a gente que hable en su nombre. Todo eso, para mí, no tiene ninguna importancia.

Cuando me he encontrado con alguien de quien sabía con certeza que era un enemigo, lo he abatido.

Sé que caeré, que me harán caer... Pero, si eso ocurre, habrán llegado demasiado tarde. Estos meses de lucha abierta valen toda una vida...

Y vosotros, aunque digas lo contrario, creo comprenderos. Vuestras luchas, aunque sean diferentes, son en el fondo de la misma naturaleza. Sabéis o sospecháis que la Revolución no llegará hasta donde queríais que llegara... Veréis, o ya estáis viendo, a los arribistas introducirse en los lugares desde los que podrán administrar la victoria.

Para vosotros están los problemas, los sueños, los deseos de mejora... Yo, y muchos otros como yo, carne de prisión, aceptados solo ahora como fuerza de choque. Después... Otro silencio.

—Vosotros y nosotros, incluso si triunfamos... E incluso si, más que nadie, vamos a contribuir a ese triunfo, estamos condenados...

Un largo silencio. Culata espera a que Román hable. Como este no responde, pregunta:

—¿Qué dices tú?

Román está a punto de gritar: «¡Tienes razón!». Pero le parece que haría algo malo. E intenta escabullirse:

—Sí... Quizá... Pero eso no tiene ninguna importancia. —Y trata de cambiar de tema—. Escucha: unos cuantos hemos planeado una incursión contra las posiciones fascistas. ¿Podemos contar contigo?.

Culata da un salto:

—¡Claro! ¿Para cuándo?.

—Para mañana, al caer la noche... Es peligroso. Escucha...

Y baja la voz para darle los detalles. El otro escucha, ávido, entusiasmado:

—¡Bien!.

Y los dos hombres permanecen allí, en aquel peñasco, durante otro turno de guardia. Allá enfrente, ráfagas de ametralladora. Parece un fusil haciendo gárgaras. La noche muestra el luminoso bostezo de su luna llena.

Línea de fuego #68.

11 de diciembre de 1936

ESTO ES LO QUE SOMOS

Nuestra Columna se hizo a sí misma. El único material disponible en abundancia era el entusiasmo y la fe en la victoria contra los gusanos franquistas. Pero todo era juventud y poco le importaba la tormenta desencadenada, contra la que iba a luchar sin más medios que su cerebro y sus músculos.

Y así fue como llegamos a Barracas para después correr kilómetros y kilómetros, atravesando la tierra silenciosa de los aragoneses. Combatimos y vencimos propagando nuestras ideas, y fuimos escuchados.

Vimos crecer el trigo dorado y, con él, nuestra masa de combatientes. Vinieron a nuestra *Columna de Hierro*, porque tienen temple de hierro, y de ese metal está y estará hecha nuestra lucha.

Somos los rebeldes y defendemos la hegemonía de la rebelión. Hemos hecho la guerra por la Revolución; en el frente, en la vanguardia, con las armas impulsadas por los músculos. En la retaguardia, en la ciudad, con las armas del espíritu.

Algunos nos odian, otros nos adoran. Pero esos *otros* son los obreros, que ven en nosotros a los fieles guardianes de los principios revolucionarios.

La burocracia nacida en la revolución nos odia, porque la hemos desenmascarado y mostrado a la luz ante los verdaderos parias. Pero poco nos importan esos

odios. En cambio, queremos que la fábrica y el campo estén con nosotros y con la revolución.

Somos calumniados y declarados herejes. Pero nuestra herejía nos honra, nos hace dignos al elevarnos hasta las cimas de la verdad.

Somos la verdadera luz de nuestra vida, porque hemos nacido para la liberación. Formamos la inmensa legión que busca alcanzar la plenitud para que todos se amen.

No ofrecemos salarios, sino el camino de la luz y de la fraternidad. Rompamos con el presente para impedirnos regresar a su orilla corrompida y fangosa. Ofrezcamos una tierra firme donde pueda construirse la ciudad fundada sobre espíritus libres.

Juventud y hierro.

Por eso, por lo que somos, venceremos.

Línea de fuego #71.

14 de diciembre de 1936.



**¡NI PAZ ENTRE CLASES,
NI TREGUA EN LAS CALLES!**



BARCELONA, MAYO DE 1937:
LA REVOLUCIÓN EN DISPUTA

Debemos evitar cuidadosamente convertirnos en jefes y gobernantes; debemos permanecer entre el pueblo, impulsando la acción y no sustituyéndola.

ERRICO MALATESTA

En mayo de 1937 la Revolución social vivió uno de sus momentos más decisivos. Menos de un año después de la derrota parcial del golpe militar y del estallido revolucionario de julio de 1936, el conflicto ya no enfrentaba únicamente a fascistas y antifascistas. En el interior del propio campo antifascista se había abierto una brecha, una lucha profunda entre dos concepciones irreconciliables: de un lado quienes defendían la continuidad de la Revolución social; del otro quienes aspiraban a reconstruir el poder estatal, la disciplina militar y el orden republicano.

Los llamados hechos de mayo fueron la expresión armada de esta contradicción. Tras julio de 1936, especialmente en Barcelona y gran parte de Cataluña, se había desarrollado una experiencia inédita: fábricas colectivizadas, transportes gestionados por sindicatos, milicias obreras, comités de barrio y nuevas formas de organización popular que escapaban al control estatal.

El viejo aparato de poder había quedado parcialmente sustituido por estructuras nacidas desde abajo.

Pero esa situación era considerada inaceptable por sectores republicanos, socialistas y especialmente por el PCE y el PSUC. Fortalecidos por la ayuda soviética y la influencia de Stalin, defendían que antes de cualquier transformación social debía ganarse la guerra mediante un Estado fuerte y un ejército centralizado. Desde posiciones anarquistas, aquella política implicaba exactamente lo contrario: desmontar las conquistas revolucionarias en nombre de la eficacia militar.

La tensión llevaba meses acumulándose. La militarización de las milicias, la recuperación progresiva de competencias estatales, el fortalecimiento de cuerpos policiales y las campañas contra los llamados *incontrolados* eran percibidos por muchos sectores libertarios como señales de una ofensiva contra la revolución.¹

La chispa estalló el 3 de mayo de 1937. El detonante fue el intento de ocupación de Telefónica de Barcelona, situada en Plaza Catalunya. El edificio no era una instalación cualquiera: desde julio de 1936 las comunicaciones

1. En ese momento, *incontrolados* comenzó a emplearse con frecuencia para desacreditar a milicianos que no querían integrarse en el ejército regular, patrullas revolucionarias autónomas, grupos anarquistas radicales, y sectores que seguían defendiendo profundizar la Revolución social.

telefónicas de Cataluña se encontraban bajo control de trabajadores vinculadxs a la CNT. Como había ocurrido con numerosas empresas y servicios, su funcionamiento estaba gestionado por comités obreros.

La importancia de aquel edificio era enorme. Por la central pasaban comunicaciones del gobierno catalán, organismos administrativos, organizaciones políticas, sindicatos y estructuras militares.

Controlar la Telefónica significaba controlar una pieza fundamental del poder.

Para quienes pretendían reconstruir la autoridad estatal aquella situación representaba una anomalía política: el Estado seguía existiendo, pero sectores esenciales permanecían en manos obreras.

El 3 de mayo, Eusebi Rodríguez Salas, acompañado por guardias de asalto y fuerzas policiales, inició una operación para recuperar el control efectivo del edificio.

Oficialmente se trataba de reorganizar el servicio. Pero para quienes se encontraban dentro significaba algo muy distinto: un intento de arrebatar por la fuerza una conquista revolucionaria.

Las fuerzas policiales ocuparon las plantas inferiores. Trabajadores y milicianxs cenetistas resistieron desde los pisos superiores. El edificio quedó dividido y la noticia se propagó por Barcelona a una velocidad extraordinaria.

La reacción fue inmediata. La ciudad conservaba todavía gran parte de la infraestructura revolucionaria

surgida en julio: comités de barrio, sindicatos, grupos de defensa, ateneos libertarios y redes militantes capaces de movilizarse rápidamente.

Las sirenas de las fábricas comenzaron a sonar. Talleres y centros industriales se vaciaron. Muchxs obrerxs abandonaron el trabajo y salieron a las calles. En barrios como Poblenou, Sants y el Raval surgieron barricadas, posiciones defensivas y redes improvisadas de abastecimiento. Se utilizaron tranvías atravesados en las calles, adoquines arrancados, camiones cruzados y sacos de arena. La ciudad quedó fragmentada. Era posible atravesar una calle aparentemente tranquila y encontrar pocos metros más adelante una barricada armada.

La respuesta fue extraordinariamente rápida. Apenas había pasado un año desde julio de 1936 y la memoria insurreccional seguía viva. Quienes levantaban aquellas posiciones no eran soldados profesionales: eran trabajadores de fábricas, tranviarios, mecánicos, obrerxs textiles, jóvenes libertarixs, milicianos de permiso, vecinxs y militantes de barrio que ya habían derrotado el golpe militar en Barcelona meses atrás. Muchxs sabían dónde encontrar armas, cómo organizar guardias o cómo coordinar la defensa porque ya lo habían hecho antes.

En pocas horas la ciudad volvió a transformarse. Los barrios obreros recuperaron la iniciativa y se pusieron en marcha mecanismos de autoorganización que recordaban a los días de julio. Se establecieron puntos de

vigilancia, redes de información, sistemas improvisados para transportar munición y alimentos, enlaces entre barricadas y grupos encargados de recorrer las calles transmitiendo noticias. Mujeres y niñxs participaron llevando comida, atendiendo heridos o actuando como mensajeros entre posiciones. La defensa no surgió de un mando centralizado: brotó desde abajo, impulsada por una cultura obrera de solidaridad y apoyo mutuo construida durante décadas de lucha sindical y organización popular.

En muchos lugares la sensación era clara: no se estaba defendiendo únicamente un edificio o una posición estratégica. Para miles de personas se trataba de proteger las conquistas abiertas tras julio de 1936: las colectivizaciones, los comités, las milicias populares y la experiencia inédita de una ciudad donde amplios sectores de la vida cotidiana habían pasado a manos de quienes trabajaban.

Para muchxs, las calles de Barcelona volvían a convertirse en el escenario donde se decidía el rumbo de la revolución.

George Orwell, que se encontraba en Barcelona y combatía en las filas del POUM, describió una ciudad suspendida entre guerra y normalidad: calles vacías, persianas cerradas y largas horas de espera tras parapetos improvisados. Pero también dejó una observación reveladora: muchxs combatientes ni siquiera comprendían del todo quién disparaba contra quién. En teoría todos

pertenecían al mismo campo antifascista. Aquello daba a la situación un carácter profundamente desconcertante. No era una batalla convencional entre dos ejércitos claramente separados, sino una fractura abierta dentro del propio proceso revolucionario.

Y aun así, entre la incertidumbre y el caos, las barricadas adquirieron un significado que iba más allá de su función militar. Eran una expresión material de algo que llevaba meses latiendo en la ciudad: la convicción de que el pueblo podía organizarse y defender por sí mismo aquello que había construido. Durante unos días, Barcelona volvió a parecerse a la ciudad de julio: una ciudad levantada por manos obreras, atravesada por banderas rojinegras y sostenida por la determinación de quienes creían que la revolución no era una promesa futura, sino una realidad que ya había empezado a existir.

LA CONTRARREVOLUCIÓN BAJO EL ANTIFASCISMO

Mientras la base libertaria interpretaba los acontecimientos como una defensa de la revolución, la dirección cenetista vivía una situación completamente distinta.

Desde noviembre de 1936 varios dirigentes anarquistas habían ingresado en el gobierno de la República: Federica Montseny en Sanidad, Juan García Oliver en Justicia, Joan Peiró en Industria y Juan López Sánchez en Comercio. Era la primera vez que anarquistas ocupaban

ministerios estatales. La decisión había sido justificada como una medida excepcional para mantener la unidad antifascista y evitar el aislamiento del movimiento libertario. Sin embargo, abrió una contradicción profunda: ¿cómo podía un movimiento que aspiraba a abolir el Estado participar en sus estructuras?

Uno de los críticos más importantes fue Camillo Berneri, un anarquista italiano instalado en Barcelona. Nacido en Italia en 1897, había comenzado a militar desde muy joven, y fue perseguido por el fascismo de Benito Mussolini. El ascenso del régimen fascista lo empujó al exilio y durante años vivió entre Francia, Bélgica, Países Bajos y otros países europeos, sufriendo vigilancia policial, expulsiones y persecuciones constantes.

Este compañero defendía un anarquismo crítico y poco dogmático. Reflexionó sobre educación, federalismo, antifascismo y estrategia revolucionaria. Al estallar la Guerra Civil viajó a la península y se incorporó a la *Columna Ascaso* en el frente de Aragón. Más tarde se instaló en Barcelona, donde desarrolló una intensa actividad de agitación y propaganda.

Durante los meses previos a mayo de 1937 observó con preocupación el fortalecimiento del aparato estatal y el creciente peso del estalinismo dentro del *campo republicano*. Aunque seguía defendiendo la necesidad de combatir al fascismo, cuestionó cada vez más la subordinación de la Revolución social a los objetivos gubernamentales. En una carta dirigida a Federica Montseny escribió:

Ha llegado la hora de darse cuenta de que los anarquistas están en el gobierno para servir de gorro frigio a políticos que coquetean con el enemigo o con las fuerzas de restauración de la República de todas las clases.

La crítica no se dirigía únicamente contra determinadas personas. Señalaba el peligro de que el movimiento libertario terminara proporcionando legitimidad revolucionaria a un proceso de reconstrucción estatal. Sabía que una revolución puede ser derrotada no solo por sus enemigos declarados, sino también por quienes pretenden administrarla. Esa fue, en gran parte, la tragedia que él creyó estar viendo en Barcelona. Durante los propios *hechos de mayo*, Berneri sería secuestrado y asesinado.

La gravedad de la situación llevó a enviarrápidamente a Federica Montseny y García Oliver a Barcelona. Llegaron con una misión concreta: detener el enfrentamiento.

La radio se convirtió en un instrumento decisivo. Sus mensajes insistían en abandonar las armas, evitar una guerra interna y regresar al trabajo.

Para muchos militantes aquello resultó profundamente impactante. No escuchaban a dirigentes republicanos sino a referentes históricos del propio movimiento libertario pidiéndoles abandonar las barricadas. García Oliver había formado parte de *Los Solidarios*² junto

2. *Los Solidarios* fue un grupo anarquista de acción creado en

a Durruti y Ascaso. Sus palabras tuvieron un peso inmenso. Muchos combatientes abandonaron las posiciones.

En aquellos días adquirió también un papel destacado la *Agrupación de Los Amigos de Durruti*. Surgido en marzo de 1937, estaba compuesto principalmente por

Barcelona hacia 1922, en un contexto de extrema violencia social conocido como los años del *pistolerismo*. Surgió alrededor de militantes de CNT como respuesta a la represión patronal y estatal contra el movimiento obrero. A comienzos de los años veinte, la ciudad vivía una auténtica guerra social: empresarios financiaban bandas armadas y sindicatos libres para atacar a militantes obreros; la policía y sectores del Estado practicaban detenciones, torturas y la llamada *ley de fugas*, mediante la cual se simulaban intentos de huida para ejecutar detenidos. Decenas de sindicalistas fueron asesinados. En ese contexto, *Los Solidarios* se organizaron como un grupo clandestino de defensa y acción directa. Su propósito era proteger a militantes perseguidos; responder a atentados de pistoleros patronales; conseguir fondos para la lucha; organizar acciones contra responsables de la represión. La acción más sonada atribuida a *Los Solidarios* fue el asesinato en 1923 de Juan Soldevila y Romero, a quien sectores anarquistas consideraban vinculado a redes conservadoras y a la financiación del pistolerismo antisindical. También realizaron expropiaciones para financiar la organización. Tras la instauración de la dictadura de Primo de Rivera en 1923, muchos integrantes tuvieron que exiliarse y continuaron su actividad en Francia y América Latina.

militantes de la CNT, antiguos combatientes de la *Columna Durruti* y sectores profundamente descontentos con la evolución política de la revolución. Su nombre era una declaración en sí misma: reivindicaban la actitud de Durruti y defendían la continuidad inseparable entre guerra y revolución social.

Los Amigos de Durruti consideraban que la dirigencia había acumulado una serie de concesiones progresivas: colaboración gubernamental, participación ministerial, militarización de las milicias y debilitamiento de los organismos revolucionarios surgidos en julio. A su juicio, la revolución estaba retrocediendo.

Durante los *hechos de mayo* recorrieron las barricadas distribuyendo octavillas y defendiendo continuar la lucha. Frente a los llamamientos al abandono de las posiciones, plantearon una propuesta concreta: la creación de una Junta Revolucionaria compuesta por organizaciones obreras, el desarme de los cuerpos represivos responsables de la ofensiva y el fortalecimiento de los comités revolucionarios.

Su posición partía de una crítica central: consideraban que el movimiento libertario había derrotado militarmente al viejo orden en julio de 1936, pero no había sabido resolver la cuestión del poder.

Para ellos, el rechazo absoluto a construir organismos revolucionarios capaces de sustituir al Estado había permitido precisamente su reconstrucción.

Posteriormente *Los Amigos de Durruti* formularon

una crítica devastadora: «La CNT no supo empujar la revolución por todos los caminos. Se dejó absorber por la colaboración y por el Estado».

Según esta lectura, los trabajadores no habían sido derrotados militarmente sino desmovilizados políticamente. Muchos resumieron aquella sensación con una frase: se había ganado en las calles y perdido en los despachos.

Tras el abandono de las barricadas, la calma no significó un retorno a la situación anterior. Para numerosos sectores revolucionarios comenzó una nueva etapa marcada por detenciones, persecuciones y una profunda reconfiguración política. Desde una lectura anarquista, la derrota de mayo no se expresó únicamente en las calles de Barcelona: sus consecuencias continuaron desarrollándose durante las semanas y meses posteriores.

La retirada de las posiciones obreras permitió una rápida recuperación de la iniciativa por parte de los sectores favorables al fortalecimiento del aparato estatal. El gobierno actuó con rapidez. Fuerzas policiales y estructuras de seguridad ampliaron sus competencias y numerosos espacios autónomos surgidos tras julio de 1936 comenzaron a perder capacidad de actuación.

Uno de los principales objetivos fue el Partido Obrero de Unificación Marxista. Aunque el POUM había participado en las barricadas y compartido posiciones con sectores libertarios durante los enfrentamientos, mantenía profundas diferencias políticas con el anar-

quismo. Sin embargo, durante mayo ambos aparecieron asociados por sus adversarios como representantes de un mismo peligro: la persistencia de organismos revolucionarios independientes del control gubernamental.

Comenzó entonces una intensa campaña de criminalización. La prensa vinculada al aparato comunista y a sectores gubernamentales inició acusaciones cada vez más graves. El POUM fue presentado como una organización sospechosa, infiltrada o incluso vinculada al fascismo. Las acusaciones alcanzaron niveles extremos: se llegó a insinuar colaboración con los servicios secretos franquistas.

Para numerosos militantes revolucionarios aquello resultó una operación política evidente: transformar adversarios dentro del campo antifascista en enemigos internos. Pocas semanas después, el POUM fue ilegalizado. Sus locales fueron clausurados, publicaciones prohibidas y numerosos militantes detenidos. Su principal dirigente, Andreu Nin, fue secuestrado en junio de 1937 por agentes vinculados a estructuras soviéticas y represivas que actuaban en territorio republicano.

Durante días circularon rumores contradictorios. Las autoridades negaban conocer su paradero. Difundieron versiones falsas sobre fugas o rescates inexistentes. Posteriormente se supo que había sido trasladado a centros clandestinos, interrogado y torturado. La campaña oficial llegó a impulsar una consigna que se haría tristemente célebre: «¿Dónde está Nin? En Salamanca o en Berlín».

La frase insinuaba que Nin había huido junto a

los fascistas. Para muchos revolucionarios aquello representó uno de los ejemplos más brutales de manipulación política durante la guerra. Nin nunca reapareció.

Los sectores anarquistas radicales tampoco escaparon a esta ofensiva. Militantes de la CNT, grupos de defensa y especialmente sectores críticos como *Los Amigos de Durruti* sufrieron vigilancia, detenciones y presiones crecientes. Algunos periódicos fueron clausurados o sometidos a censura; grupos locales perdieron capacidad de actuación y numerosos militantes pasaron a actuar en condiciones cada vez más difíciles. Los organismos revolucionarios surgidos en julio comenzaban a ser desplazados por estructuras estatales cada vez más centralizadas.

También se produjo una transformación menos visible pero profundamente importante: la pérdida progresiva de autonomía de los comités obreros, patrullas revolucionarias y organismos nacidos espontáneamente durante la revolución. Muchos desaparecieron. Otros quedaron absorbidos por nuevas instituciones. La militarización avanzó sobre antiguas columnas y milicias. Las colectivizaciones comenzaron a experimentar mayores limitaciones.

Desde perspectivas libertarias posteriores, la represión de mayo fue interpretada como algo más amplio que una serie de medidas policiales. Se trató del triunfo progresivo de una lógica política determinada: la sustitución de organismos revolucionarios autónomos por mecanismos estatales centralizados. Por ello, numerosos

anarquistas afirmaron después que las barricadas de mayo no habían sido el final del conflicto. Habían sido solamente el comienzo de una derrota más extensa y silenciosa.

Para gran parte del anarquismo, mayo de 1937 marcó el inicio del fin de la revolución. No fue solamente una batalla callejera en Barcelona, sino una derrota política más profunda: la victoria de la lógica estatal sobre la autoorganización obrera. Como escribiría después Emma Goldman, la contrarrevolución avanzó «bajo el disfraz del antifascismo». Desde esa mirada, mayo no fue un episodio secundario: fue el momento en que la revolución comenzó a ser desmantelada desde dentro.

Los *hechos de mayo* ocurrieron en la retaguardia catalana mientras muchos milicianos y combatientes anarquistas seguían desplegados en Aragón o en otros frentes. Para numerosxs luchadores, Mayo de 1937 fue la derrota de una posibilidad revolucionaria abierta en las jornadas de julio. Las barricadas no cayeron únicamente por la fuerza de las armas, sino también por las contradicciones internas, las renunciias y el progresivo abandono de los espacios propios que habían surgido desde abajo. Mayo dejó un mensaje concreto: una revolución no puede limitarse a destruir el viejo orden; también necesita defender sus conquistas y construir herramientas capaces de sostenerlas frente a quienes buscan devolver el poder a las viejas estructuras de autoridad.

[...] El fascismo representa y es, en efecto, la desigualdad social, si no queréis que los que luchamos os confundamos a los de retaguardia con nuestros enemigos, cumplid con vuestro deber. La guerra que hacemos actualmente sirve para aplastar al enemigo en el frente, pero ¿es éste el único?: no. El enemigo es también aquel que se opone a las conquistas revolucionarias y que se encuentra entre nosotros, y al que aplastaremos igualmente. [...]

BUENAVENTURA DURRUTI.

Discurso radiofónico del 4 de noviembre de 1936



A LA VIDA ES NECESARIO BRINDARLE LA
ELEVACIÓN EXQUISITA DE LA REBELIÓN DEL BRAZO Y DE LA MENTE

Prometeo_ediciones@riseup.net

La lucha de las mujeres anarquistas en la revolución de 1936 y su relación con la violencia revolucionaria no puede comprenderse únicamente como un episodio secundario dentro de la Guerra Civil ni como un apéndice de la historia del movimiento obrero. Desde una perspectiva más amplia, su experiencia obliga a cuestionar los relatos tradicionales que han privilegiado la participación masculina y las interpretaciones centradas exclusivamente en la dimensión militar del conflicto. La revolución de 1936 abrió un espacio histórico excepcional en el que miles de mujeres intentaron transformar simultáneamente las estructuras de dominación económica, política y patriarcal.

Su lucha no se dirigía solo contra el fascismo o el capitalismo; también enfrentaba formas de subordinación arraigadas dentro de la propia cultura revolucionaria.

Verano de 2026